

Buenos días a todos. Quisiera empezar este discurso reconociendo la importancia del apoyo de nuestras familias para que hayamos logrado llegar hasta aquí. Cuenta la leyenda que las filologías son titulaciones sin salidas o con salidas muy limitadas. He de decir que tras haber terminado la carrera aún no tengo muy claro que esto sea solo una leyenda, pero a pesar de todo, el apoyo que he recibido por parte de mis padres y familiares ha sido incondicional, y estoy seguro de que así ha sido por parte de todas las familias que se encuentran aquí presentes. Por ello, creo que este aplauso que ahora os damos lo tenéis más que merecido.

En segundo lugar, creo que el reconocimiento a la labor de los profesores es también merecido. Especialmente a aquellos que se han preocupado por que aprendiéramos y reflexionáramos y que han mostrado interés por saber nuestra opinión acerca de la metodología que utilizan. El proceso de compartir conocimientos no depende de las figuras de maestro y aprendiz por separado, ya que ambos forman parte de una cadena que, si tiene fisuras, sencillamente no funciona. De hecho, esta cadena no tiene por qué ser unidireccional; el profesor también puede aprender y enriquecerse con el alumno, especialmente en este tipo de carreras. Así pues, creo que deberíamos estarles agradecidos y huir de discursos demagogos que insisten en decir que enseñar es su trabajo y obligación, ya que pagamos su sueldo. Si estamos agradecidos a cualquier profesional que desarrolle su labor adecuadamente, debemos del mismo modo estarles agradecidos a los profesores, con especial mención a aquellos de los que acabo de hablar, ya que son ellos los que entienden que la educación es la base sobre la que se sustenta cualquier sociedad. Sin educación, todo lo demás se derrumba.

Si me lo permitís, me gustaría compartir con vosotros una pequeña anécdota personal para continuar. Tuve la suerte de terminar la educación secundaria con una buena media y al terminar la selectividad, un pariente (no muy cercano, afortunadamente) me preguntó qué iba a estudiar. Al responderle “filología inglesa”, él se burló, ya que consideraba que, al ser una carrera con un cinco como nota de corte, debía optar por otra con una nota de acceso más alta, como una ingeniería, biología, o alguna que fuera “útil para la sociedad”, tal y como él decía. Cinco años después, tengo miles de motivos para, como poco, sonrojarle. Si de algo me ha valido esta carrera es para darme cuenta de la importancia que tiene pensar por ti mismo (o al menos

intentarlo), así como tener una actitud crítica, y esto es algo que no muchas carreras enseñan.

Aunque filología no es filosofía, con ella hemos conocido lo que muchos de los escritores más importantes de la historia tenían que decir acerca de muchas facetas de la naturaleza humana, haciéndonos reflexionar y despertando nuestro espíritu crítico, fomentando así el pensamiento libre. Además, todo esto venía acompañado por el estudio de la lengua y su funcionamiento, así como el marco histórico-cultural que acompañó a estos autores y al idioma. Con lo cual, me atrevería a decir que al estudiar filología hemos añadido el componente del arte al estudio del pensamiento y el componente del pensamiento al estudio del arte.

Y hablando de filosofía, voy a tomarme la licencia de usar al recientemente fallecido José Luis Sampedro como referente filosófico. Sampedro solía decir que deberíamos ser educados y preparados para pensar libremente, ya que la libertad de expresión es inútil si no existe libertad de pensamiento. Es decir, sin libertad de pensamiento la libertad de expresión no es más que una copia o reflejo de lo que se nos dice. Por tanto, me gustaría aprovechar esta oportunidad para reivindicar la importancia de estudiar letras y humanidades, especialmente en el mundo en que vivimos, donde parece que solo hay hueco para palabras como “competitividad”, “negocio” o “beneficio”.

Creo que ahora es un buen momento para ponerse melancólico. La mayoría de los aquí presentes hemos estado cinco años estudiando en esta facultad. Una facultad que, pese a parecer un cuarto de baño de grandes dimensiones, ha sido nuestra segunda casa y ha visto cómo en ella conocíamos personas maravillosas que acabarían siendo nuestros amigos y amigas para siempre. Y lo de “para siempre” no lo digo por decir, ya que si hemos aguantado cinco años seguidos viéndonos las caras que lucimos a las 8:30 de la mañana, ¿qué no seremos capaces de hacer ahora que el contacto no va a ser tan intenso? Y ahora, tras estos cinco años, que al menos para mí han sido como un parpadeo, nos vemos ante una situación nueva, con muchos posibles caminos que tomar y pocos ofreciendo un futuro esperanzador. Pese a todo, quiero hacer una llamada al optimismo, porque si hemos aguantado cinco años viéndonos las caras que lucimos a las 8:30 de la mañana, ¿qué no seremos capaces de hacer en los próximos años?

Querría, antes de terminar, recordar la importancia de seguir luchando en defensa de la educación pública. No es mi intención dar ningún mitin, pero considero

que recaer en nosotros -alumnos, profesores y familias- la obligación y la responsabilidad de hacer todo lo que esté en nuestra mano para detener este proceso de desmantelamiento de un sistema que, sin ser perfecto, es el que más garantías ofrece y el único que asegura la igualdad de oportunidades. Por tanto, habría que reforzarlo en vez de destruirlo, dando así paso a un sistema elitista. Antes he utilizado el referente filosófico de José Luis Sampedro. Ahora, para concluir el discurso, me gustaría citar a otro gran referente para mí: mi abuela Petra.

Hace casi dos años, cuando empezaron las movilizaciones en contra del plan privatizador de la enseñanza en la Comunidad de Madrid, mi abuela me preguntó que a qué venía tanto revuelo. Yo le resumí los motivos de las protestas contándole que, como consecuencia de dicho plan, la escuela pública quedaría reducida a un simple gueto para los alumnos procedentes de familias menos afortunadas, dejando a los colegios privados como receptores de los mayores recursos y privilegios. En definitiva, le dije, de continuar este plan privatizador, para acceder a una educación de calidad habría que pertenecer a una familia más bien adinerada. Tras pensar en ello unos instantes, me respondió con cara de desconcierto: “vaya, entonces todo sería como hace 70 años, cuando yo era joven”. Para ella era fácil deducir que este proceso suponía un flagrante paso atrás. Durante los siguientes minutos me estuvo hablando de cómo solía ser la educación hace unas cuantas décadas y, en un momento determinado, me confesó que para ella había sido muy duro no poder dar a sus hijas la educación que le habría gustado que tuvieran, ya que no se lo podían permitir, y que esa era la gran espina que todavía tenía clavada desde entonces.

Es por ello que utilizo los últimos segundos de que dispongo para insistir en la importancia de no resignarse ni rendirse ante esta injusticia. Los miembros de la comunidad educativa debemos responder contundentemente con todos los medios que tengamos para detener este ataque. Sigamos luchando para que la educación siga siendo pública y de calidad y para que no nos quiten lo que hemos ganado. Para demostrar, también, que no pueden insultar a nuestra inteligencia sin tener respuesta. Pero sigamos luchando sobre todo, para que en el futuro no haya más espinas clavadas. Muchas gracias.